

715  
JUAN A. ARGERICH

---

# RAFAEL OBLIGADO



MARTIN BIEDMA, EDITOR

1885





## RAFAEL OBLIGADO

---

### I

**H**ay un rincón de la tierra argentina en donde la naturaleza ha derramado sus más severas y sus más galanas riquezas. Las barrancas con sus talleres espinosos, el Paraná arrastrando « los verdes camalotes florecidos, » los cisnes que juguetean en las aguas, el seíbo que ostenta sus flores de rojo color, el boyero que deja oír las notas de su registro fabuloso ; los mil arroyos que reflejan los mo-

saicos de flores de la orilla, la pampa que se extiende á todos lados con su grandeza imponente y tranquila; los innúmeros rebaños que mujen en la llanura, y el barco que surca el Paraná,—convidan al espíritu á levantar el vuelo y le preparan á tejer y destejer ensueños. Después, allí mismo, junto á esa naturaleza salvaje y llena de hermosura, vense fragmentos de cureña, destrozos de metralla, y una «solitaria cruz de ñandubay», los cuales están diciendo al caminante que allí los argentinos supieron morir como bravos en defensa del suelo natal, luchando contra el invasor en las agrestes soledades.

La naturaleza en su grandeza infinita y el sentimiento en una de sus más altas manifestaciones, pueden allí modelar un espíritu delicado, incrustando en el alma impresiones imborrables.

Allí se formó de niño el espíritu del poeta Rafael Obligado.

Recibió, pues, una educación clásica, siendo su primera maestra ese elemento fijo del arte que se llama naturaleza, la que ha recibido en sus aulas á todos los verdaderos artistas desde que la humanidad es humanidad; y como el poeta tenía verdadero organismo de tal, es decir, ojos, oídos, sistema nervioso bien desarrollado y masa encefálica bastante equilibrada, almacenó sus sensaciones, las puso á disposición de su imaginación, y se vino á Buenos Aires á contar en versos incorrectos todo lo que había sentido.

En esta ciudad se encontró con dos generaciones de románticos que al oír al joven hablar de *ñandubais*, de *scibos* y de *boyeros*, y no de *ruiseñores*, de *sílfides*, de *ondinas* y otros productos exóticos, se quedaron patitiosos, le apellidaron ignorante y salvaje, y pusieron el grito en el cielo con gran asombro del muchacho que no hacía sino llamar pan al pan y vino al vino, y que de-

bió indudablemente preguntarse más de una vez, si no estaría equivocado, y si no debía tomar el rumbo de la generalidad melancólica y desesperada *à la dernière* que criticaba sus estrofas.

Pero el joven escritor no estaba equivocado y se habría perdido si hubiera desandado la parte del camino que tenía recorrida.

No hay arte fuera de la naturaleza y de la verdad; y porque estamos hondamente convencidos de ello, aceptaríamos para nuestra poesía, preferentemente al epíteto de *americanista*, el de *argentínista*, más nacional todavía, sin hacer con ello gala de un localismo estrecho, pues debemos apresurarnos á declarar que admiramos sin restricciones (y si así no fuéramos seríamos unos bárbaros) la poesía griega de Homero, la poesía italiana de Dante, la poesía inglesa de Shakspeare, y la poesía española de Calderón, que son á su vez profun-



damente cosmopolitas, porque pertenecen á una clase de obras acerca de las cuales dijo Tomás Macaulay, «que han formado parte de la educación de cien generaciones, conservan hoy toda su lozanía, vigor y frescura primitivas ; son el encanto de los que las estudian, aún en malas traducciones ; han sobrevivido á todos los caprichos de la moda ; han visto envejecer todos los códigos de crítica que se han sucedido en el transcurso del tiempo ; y continúan siendo inmortales para nosotros, porque la verdad es eterna, y tan bellas hoy cuando las leemos en el silencio y la soledad de nuestro gabinete, como cuando fueron cantadas por primera vez, hace luengos siglos, en los banquetes de los príncipes jonios. »

Somos, por consiguiente, cosmopolitas para la apreciación de la obra literaria ; pero queremos ser localistas para la producción de la misma. ¿Cuál es la ley que rige á ésta ? Una impresión recibida por uno ó

más objetos sensibles ; ó, lo que es lo mismo, un ponerse en contacto el artista con las cosas que le rodean. Hay, pues, dos elementos fundamentales en aquella : la naturaleza, elemento fijo ; el hombre, elemento variable. ¿ Qué se debe procurar con la naturaleza ? Sorprenderla en toda su verdad. ¿ Qué con la impresión ? Trasmitirla en toda su intensidad.

Tomemos ambas operaciones é imagine-mos que el artista quiere pintarnos un paisaje de la campaña argentina. Si pone en él una flora que caracteriza á determinado lugar de la China ; si nos hace oír allí los cantos del ruiseñor europeo, nos da un cuadro deficiente, contrario á la verdad del fenómeno natural sorprendido, y falso en la impresión con que pretende emocionarnos, porque ha dejado lo espontáneo para introducirnos en las deplorables regiones de lo convencional. ¿ Aceptado ? Sigamos adelante. ¿ Cuándo será más fácil producir una

impresión artística más intensa? ¿Cuando apliquemos nuestras facultades á aquello con que estemos más familiarizados, al medio que nos rodea, á la naturaleza en que nos hemos formado, ó á medios conocidos de segunda mano? Esto queda resuelto con su simple enunciación, sin que ello obste para que si el artista es poeta, por ejemplo, y se traslada mañana á los Estados Unidos de América y se siente conmovido ante la Cascada del Niágara, deje de entonar sus himnos al fragoroso torrente.

A cada instante se hace necesario, entre nosotros, repetir estas cosas tan claras. Felizmente, se podría hoy contar á los que las combaten.

No siempre la poesía argentina ha cruzado estas aguas. En los tiempos que inmediatamente se sucedieron á los de la Revolución, los poetas eran hijos legítimos de los españoles afrancesados del último siglo, y una que otra nota espontánea de algu-



nos de ellos, no basta para salvar á esa serie de retóricos, por mucho que se afanara D. Juan María Gutiérrez, quien, movido por un bien intencionado patriotismo, ponía, según las malas lenguas refieren, versos de su cosecha en las obras de los versificadores que exhumaba. Descolló entre todos D. Juan Cruz Varela, admirablemente insoportable, salvo en algunas composiciones breves, que no son seguramente las que han trasmitido su nombre al vulgo, que se deleita con los vuelos de perdiz del canto *A la batalla de Ituzaingó*. Nuestra poesía, la poesía nacional, la poesía argentina, arranca de D. Esteban Echeverría, uno de los argentinos más grandes entre los más grandes, y cuyo nombre no ha sido todavía suficientemente honrado en esta tierra que tiene una estatua de Adolfo Alsina y no tiene una de D. Bernardino Rivadavia. El poeta de *La Cautiva* es, al igual de Flaubert, un curiosísimo

caso literario. Era un romántico y fué un precursor del naturalismo bien entendido, sin darse cuenta de lo que hacía. Protestando contra los fósiles de los años anteriores, hizo tremolar la gran bandera de la libertad en el arte, y completando con una revolución literaria nuestra gran revolución política, explotó con arte no siempre feliz nuestra espléndida naturaleza, y poniendo por fin el alma argentina en la extensión argentina, cortó los últimos lazos que nos ataban á una tierra extraña :

Su mente

Hirió como una espada,  
De resplandores acerados llena,  
Las viejas ligaduras  
Que la conciencia de la Patria, atada  
Tuvieron ¡ ay! á la conciencia ajena.

Después, el horizonte se abrió á todas las miradas.

---





## II



nalicemos rápidamente las principales poesías de Obligado, el cual ha sabido seguir con toda independencia las huellas de Echeverría.

Rafael Obligado es, ante todo, el poeta de la Patria, cuyo amor reviste en él formas profundamente místicas y al cual debe las notas más descollantes de su libro. Ese sentimiento es la reconcentración de todos los ideales de su espíritu y es además una satisfacción de sus sentidos ante la pompa del suelo natal. Siendo casi un niño, lo

dijo en 1872, en una de sus más vibrantes composiciones :

Siento el rumor y el incesante coro  
De un pueblo egregio que el progreso guía,  
Y alzando el alma á Dios, me postro y oro  
Ante la imagen de la Patria mía.

En esa composición (á la que el poeta ha hecho daño con la supresión de su segundo título *Impresiones*, que venía á prevenir al lector que se trataba de una composición meramente subjetiva, y no de una descripción de la inmensa llanura), en esa composición, *La Pampa*, incorrecta y llena de fuego, explosión del alma libre ante la naturaleza salvaje, está, á nuestro entender, algo así como en embrión, toda la obra poética de Obligado. Es una sinfonía á grande orquesta que parece, en el conjunto de los sonidos, tocada por maestros de primer orden y por alumnos de primer año de conservatorio. Fué ella el primer canto de esta índole; *La muerte del Payador* ha sido



el último. Recorramos el camino comprendido entre ambos jalones.

*Echeverría* es la marcha triunfal en la apoteosis del autor de *La Cautiva*. Encabeza el libro y es la bandera desplegada á las balas del combate. Comienza punto menos que arrastrándose. Se presiente que el poeta se preocupa demasiado de caminar con pies de plomo. Establece con excesiva calma su punto de partida. Pero, emprendida la marcha, adiós, propósitos! Váyase en mala hora la locomoción pedestre y venga el pingo! ¡Y qué bien sabe manejar la brida este ginete porteño! Llega al término del camino y descabalga satisfecho. Ha restaurado á Echeverría y hecho una amplísima profesión de fe. Es cierto que en su canto hay de cuando en cuando alguna falta de economía en el período; es cierto que, sin haber al comienzo precisamente eso que se llama prosaísmo, hay algunas estrofas dignas del limbo que

separa la poesía de la prosa ; pero, en lo restante, se encuentran tantas bellezas, el escritor nos ha dado tanto de su sér íntimo, tanto de sus amores de poeta y de patriota, que la composición se impone en toda su sinceridad y en toda su hermosura. Después de *Santos Vega*, *Echeverría* será siempre considerada como la mejor producción de Obligado. El que llega á las últimas estrofas—¿y quién que no lo haga? —queda del todo convencido de que no se arriará ni harán arriar esa bandera de combate.

*América* deslumbra por la sonoridad de sus estrofas. Es una composición incompleta, llena de explosiones líricas y un tanto efectistas. Se ve que ha sido escrita para un público de teatro. Allí se suceden uno tras otro los cuadros pintados á grandes pinceladas ; los ríos y las montañas, las cataratas y los llanos, los bosques seculares y los amores del desierto. Hay fuerza,

hay fuego, hay estrofas que muerden ; pero, justo es decirlo, no faltan los párrafos rotundos que carecen de ese sentimiento, producto de una sensación experimentada, que es lo que da su valor inapreciable al libro de Obligado. Prueba decisiva de nuestro aserto es que las mejores estrofas del canto son las dedicadas á la Patria ; y decimos mejores, no porque casi todas como labor de artista no parezcan hechas á golpe de cincel, sino porque vemos en muchas excesiva retórica, y baste para ejemplo esa ya empalagosa personificación de América en una virgen soñadora, indisculpable en quien de tantos recursos dispone y que por lo mismo merece vituperio cuando echa mano de cosas que « cuentan tantos años como la tierra de edad. » — Ved como acuerda el artista sonidos diferentes :

Y por eso su espuma,  
Como rizada pluma,  
Agita el blando y sonoro Rímac,

El Niágara convulso se derrama,  
Y en tanto que susurra el Apurímac,  
Se despeña tronando el Tequendama.

Ved como habla el poeta :

Al rayo de la luna,  
Sobre la verde y dilatada alfombra,  
Surgiendo del vapor de la laguna,  
Cruzar parece la doliente sombra  
De *Brian* y de *María* . . . .  
¡Dulce amor del desierto !  
¡ Infinito del alma en lo infinito  
De su imponente majestad sombría !  
¡ Cómo su vago resplandor incierto,  
Al corazón revela  
Que el espíritu aún de Echeverría  
De loma en loma sollozando vuela !

Oidlo otra vez :

A solas con el cielo,  
Mira á sus plantas dilatarse un mundo ;  
Hervir los pueblos ; reposar los mares ;  
Tenderse por el suelo,  
Alfombra digna de sus pies, las selvas ;  
Rodar por las montañas  
De los torrentes los raudales fríos ;

Y desplegarse entre flexibles cañas,  
La franja azul de los serenos ríos.

---

Para ocuparnos de las tres tradiciones argentinas que con el título de *Santos Vega* publica el autor, hemos procurado estar muy sobre nosotros mismos, pues debemos declarar que las reputamos una de las más sobresalientes producciones de la literatura argentina.

*Santos Vega* es la fijación de un tipo popular. Nada más serio. Los predecesores de Rafael Obligado, y sobre todo uno de nuestros más grandes hombres públicos y el primero de nuestros historiadores, que trajo á la vida el dón maldito de achatarse en el verso, cometieron el error de considerar á Santos Vega como un personaje de carne y hueso, llegando hasta designar el punto del sud de Buenos Aires, en que dicen estuvo su tumba. Santos Vega, no ante una ó unas cuantas personas, sino al



través del criterio de la generalidad de los gauchos argentinos, no viene á ser sino un mito, una entidad ideal que para la poesía es lo que ha sido ante el pueblo alemán el doctor Fausto para la ciencia. Esta creación de Obligado, está, sobre todo, en *El alma del payador*, y en *La prenda*, que tiene estrofas estupendas.

Recorriendo nuestros campos, asimilándose la poesía tan intensamente melancólica del payador argentino; oyendo de boca de los viejos todas las proezas de Santos Vega, acompañándoles á esperar los sonos que aquél sabe arrancar en las noches á las cuerdas de la guitarra colocada en el cruce del pozo; viéndole surgir de la brillazón y de los fuegos nocturnos; siguiendo sus huellas en la tapera y recogiendo de los labios de la campesina la leyenda sublime de los amores de Santos; acertando, por último, con la nota verdadera de la poesía de nuestros campos, sabiendo conservar á

la vez su carácter de hijo de la ciudad, consiguió hacer lo más estable de su obra de poeta.

La décima, la estrofa más adecuada para esta clase de producciones por su entonación especial y por ser la forma predilecta de los payadores argentinos, está hábilmente manejada. El autor ha huido, con acierto, del lenguaje gauchesco, perteneciente á un ciclo que pasó y que, por las condiciones excepcionales de la sociabilidad argentina, nunca habría podido llegar á ser el instrumento de una literatura nacional, pues el gaucho no ha sido sino un tipo retardado en el progreso argentino, á causa de las barreras del desierto. El gaucho era un sér en quien, bajo ciertos aspectos, la evolución natural había retrogradado; pero que estaba, como acertadamente lo dice D. Vicente F. Lopez, muy lejos de haber perdido las tradiciones de la civilización de que había tomado origen; así es

que tan luego como se comenzó á dominar el desierto, fué perdiendo paulatinamente sus rasgos transitorios. Y como una literatura arranca de la sociedad á la manera de los árboles del suelo, los payadores errantes han sido productos naturales de esa situación semi-bárbara. Pero el escritor de la ciudad que, siendo del todo civilizado, ha querido descender al nivel del elemento bravío de la llanura, ha tenido que escollar forzosamente, porque los seres todos son esclavos del medio que les rodea. Esto lo ha comprendido perfectamente Rafael Obligado; y porque lo ha comprendido así, su libro ha resultado tan argentino, es decir, tan civilizadamente nacional.

*Santos Vega* consta, como lo hemos dicho y todo el mundo lo sabe, de tres partes: *El alma*, *La prenda* y *La muerte del payador*. Las dos primeras son bellísimas, y la última admirable.

A la primera pertenece la siguiente décima:

Dicen que, en noche nublada,  
Si su guitarra algún mozo  
En el crucero del pozo  
Deja de intento colgada,  
Llega la sombra callada  
Y, al envolverla en su manto,  
Suena el prelude de un canto  
Entre las cuerdas dormidas,  
Cuerdas que vibran heridas  
Como por gotas de llanto.

Y á la segunda, éstas, que están demostrando toda la virtud plástica que posee el poeta:

Santos Vega cruza el llano,  
Alta el ala del sombrero,  
Levantada del pampero  
Al impulso soberano.  
Viste poncho americano  
Suelto en ondas de su cuello,  
Y chispeando en su cabello  
Y en el bronce de su frente,  
Lo cincela el sol poniente

Con el último destello.

.....

Cerró la noche. Un momento  
 Quedó la Pampa en reposo,  
 Cuando un rasguco armonioso  
 Pobló de notas el viento.  
 Luego, en el dulce instrumento  
 Vibró una endecha de amor,  
 Y, en el hombro del cantor,  
 Llena de amante tristeza,  
 Ella dobló la cabeza  
 Para escucharlo mejor.

En *La muerte del payador* deja de satisfacernos tan sólo el final de la estrofa 9ª, que encontramos demasiado débil. Es una poesía en la que queremos detenernos.

Hé aquí el cuadro: Santos Vega, *aquel de la larga fama*, está dormido bajo un ombú corpulento. Su guitarra pende de las ramas vecinas. Al pasar los campesinos se detienen ante el payador, y velan su sueño.

El más viejo se adelanta  
 Del grupo inmóvil, y llega



A palpar a Santos Vega,  
Moviendo apenas la planta.  
Una morocha que encanta  
Por su aire suelto y travieso,  
Causa eléctrico embeleso  
Porque, gentil y bizarra,  
Se aproxima á la guitarra  
Y en las cuerdas pone un beso.

De pronto perturba el silencio un ginete  
que viene á todo escape, haciendo retumbar  
el llano bajo el casco de su corcel.

Y aunque el grupo, en su estupor,  
Contenerle pretendía,  
Llega, salta, lo desvía,  
Y sacude al payador.

Los circunstantes tiemblan de horror, y  
aquél, dirigiéndose á Santos Vega:

— « Por fin, dijo fríamente  
El recién llegado, estamos  
Juntos los dos, y encontramos  
La ocasión, que éstos provocan,  
De saber cómo se chocan  
Las canciones que cantamos. »

Comienza la lucha entre *Juan Sin Ropa* y *Santos Vega*. Aquél entona canciones nunca oídas. Es el Diablo, y evoca el porvenir. Es un deslumbramiento :

Era el grito poderoso  
Del progreso, dado al viento;  
El solemne llamamiento  
Al combate más glorioso.  
Era, en medio del reposo  
De la Pampa, ayer dormida,  
La visión ennoblecida  
Del trabajo, antes no honrado ;  
La promesa del arado  
Que abre cauces á la vida.

Santos le escucha embebecido y se declara derrotado. Clava en la deliciosa mo-  
rocha sus miradas, y dice :

—Adiós, luz del alma mía,  
Adiós, flor de mis llanuras,  
Manantial de las dulzuras  
Que mi espíritu bebía ;  
Adiós, mi única alegría,  
Dulce afán de mi existir ;

Santos Vega se va á hundir  
En lo inmenso de esos llanos....  
Lo han vencido! Llegó, hermanos,  
El momento de morir.

Incendia de pronto el Diablo el ombú;  
*Juan Sin Ropa* desaparece detrás de las  
llamas convertido en serpiente, y ni siquiera  
quedan en el suelo las cenizas de Santos Vega.

Esta elegía á la muerte del gaucho, porque en sustancia no es otra cosa; este canto vigoroso á los progresos de la tierra argentina, tiene en sí todas las notas de la lira: se confunde ahí el himno al porvenir que ilumina y el sollozo al pasado que se va. Es la intuición de la Pampa civilizada, llena de hombres y de ciudades, retumbando bajo el peso de la locomotora que silba, esclava del trabajo que fecunda y brindadora de cuantos dones puede el hombre codiciar. El autor difícilmente llegará á hacer nada más completo, nada más gráficamente descriptivo.

Tales son las notas más resonantes que este poeta debe al amor á la Patria. Ese sentimiento, muéstrase en cada uno de sus versos, de tal manera, que es difícil dar en su libro con una sola página en que no se le encuentre. Nosotros, que no somos de los que creen que el patriotismo declina en nuestro país, pues siempre se ha manifestado en las reuniones de la muchedumbre bajo la forma de odio ó desdén para con algunas naciones vecinas, y en las clases directivas, en el sentido de una persuasión profundamente arraigada de nuestros grandes é insuperables destinos como nación, — escuchamos los ecos de esta inspiración patriótica con religioso respeto, y nos sentimos emocionados al recordar esas estrofas, que unas veces tienen todo el misticismo de la oración, y otras resuenan con los vibrantes sonos de un toque de clarín, — porque son el eco entusiasta del sentimiento nacional.



### III

**Q**ué acentos ha tributado el poeta á los recuerdos de los primeros años y á los estremecimientos del amor?

Aquéllos son de dos categorías: los del hogar y los de las primeras impresiones de la naturaleza y del mundo.

*El hogar paterno* es uno de esos cuadros que sólo se escriben con el corazón. Hay tal ingenuidad, tal frescura, tan artística disposición en sus estrofas,—una serie de acuarelas delicadísimas,—que el espíritu se regocija y envía un aplauso entusiasta al poeta que nos da cosas como esta:



Otras veces, del río en la corriente,  
Al cárdeno fulgor  
Que desde el fondo de la Pampa envía,  
En sesgo rayo, el moribundo sol;

En agitado, en revoltoso grupo,  
Y alegre confusión,  
Los juncuales rozando de la orilla,  
Con mis hermanas navegaba yo.

Una, los brazos en el agua hundiendo,  
Tendíase á estribor,  
Y sonreía á la rizada espuma  
Que la canoa abandonaba en pos.

Otra, imprudente, á la inclinada borda  
Lanzándose veloz,  
Entre sus manos victoriosa alzaba  
Del camalote la celeste flor.

Esta, la caña de pescar volvía,  
Enviando en derredor  
Menudas gotas que al caer brillaban  
En los cabellos de las otras dos.

Batiendo luego las rosadas palmas,  
Reía, porque vió

Medrosa hundirse en la corriente un ave  
Al desusado y repentino són.

Pero si alguna, al levantar los ojos,  
Mostraba el mirador,  
Donde mi madre á vigilarnos iba,  
Gritaban todas á la vez: «adiós!»

¿No es este cuadro hijo legítimo de un espíritu hermano del de Gregorio Gutiérrez González, el colombiano cantor de *Aures*?

El seibo del Paraná, las armonías del boyero, que no ha sido mal maestro de canto del autor que nos ocupa, los manantiales, los bosques enmarañados y toda la naturaleza, tienen un eco en estas poesías delicadas y robustas, llenas del más deleitoso sabor de la tierra natal, porque vienen á ser parte integrante del *hogar paterno*, de ese foco de todas las ilusiones y de todos los cariños del poeta.

No podemos dejar de señalar *Las quintas de mi tiempo*,—otro de los recuerdos vivos de aquél,— página naturalista llena

de belleza y de refinamientos en el decir.  
¿Quién, de nombre por lo menos, no se  
acuerda del «inmortal» Hueco de Cabecitas y  
de las violetas recogidas en las zanjas por  
sabrosísimas muchachas? ¿Quién no sabe  
de aquellos noviazgos encantadores, de  
aquellos paseos que no volverán, de aquel  
jugar de los muchachos al barrilete, y de  
aquellas comilonas al aire libre, donde se  
veía

....De un asador pendiente,  
Asándose el cordero apetitoso,  
Y circular el mate generoso  
En vez de la botella de aguardiente?

Oigamos un rato al poeta :

Juro, Fabio, por todos los poetas,  
Que no hay porteñas hoy más regaladas  
Que aquellas que acudían en bandadas  
A nuestras quintas á juntar violetas.

¡ Las vieras, preparándose al asedio,  
Cuando aquellos piccitos voladores  
No podían llegar hasta las flores  
Porque estaba una zanja de por medio!

¡Cuánto ardid para asirse del ramaje  
Y traspasar el cenagoso abismo,  
Alzando con angélico heroísmo  
La muselina del sencillo traje !

Mas no faltaba un vástago de mora,  
Cual un brazo flexible, que de intento  
Para ayudarlas inclinaba el viento...  
*Que tanto puede una mujer que llora.*

Las veo aún, con las mejillas rojas  
Como granadas de Engadí partidas,  
Y las húmedas manos florecidas  
Mariposeando entre las verdes hojas;  
Y correr, y chillar, y ser más bellas  
Cuando, lanzada como rauda fija,  
Cruzaba una medrosa lagartija  
Con grave susto disparando de ellas;  
Y, ya en violetas rebosando el seno,  
Búcaro ardiente que las flores aman,  
Cómo por los senderos se derraman  
Dejando el aire de perfumes lleno.

—  
En la cuerda amorosa, las notas más  
altas de Rafael Obligado son *En la ribera*  
y *El hogar vacío*.

Acerca de *La flor del seibo*, la más popular, la más repetida de las poesías de Obligado, no compartimos la admiración que produce, quizá por lo mismo que es sobrado perfecta. Vemos demasiado al artista en esta composición, que tiene corrección para dar y prestar. Esta opinión nuestra es sólo un sentir personal, que hemos creído deber exponer.

Vienen después, *Adolescente*, que siempre nos ha producido una impresión melancólica parecida á la que nos causa *La vuelta al hogar* de Andrade; *Primavera*, y alguna otra llena de ingenuidad. Unas cuantas, como ser *Semejanzas* y otras de igual calaña, carecen de valor en el sentido de que no pueden darle ni quitarle mérito al poeta.

Nada podríamos, insistiendo sobre lo ya escrito, añadir á lo sentenciado por la crítica y por el público acerca de *En la ribera*. En ella ha puesto el escritor todo

lo que tiene de sentimiento y de arte, y lo mismo sucede con *El hogar vacío*, sollozo conmovedor, que da la clave de muchas otras notas melancólicas del libro.

Hemos oído por esos mundos decir que falta carne en todas estas producciones eróticas. No sostendremos lo contrario porque no tenemos para qué sostenerlo. El amor es infinito en sus manifestaciones, variando radicalmente con los temperamentos, y, por otra parte, el artista es libre. ¿Por qué, pues, se le ha de querer juzgar estrechando el criterio? En las esferas del arte, caben así el amor purísimo de Dante por su Beatriz, como el amor sensual de Cárlos Baudelaire por su robusta morena de Jamaica. Dejemos, pues, al escritor la libertad de darnos lo que se le antoje, con tal que lo haga de una manera artística; — dejémosle que se confiese con ingenuidad y nos ofrezca la verdad, más expresiva que todos los rebuscamientos sensuales y no sensuales. Acep-



amos, pues, que no hay sensualidad en los cantos que nos ocupan, aunque más nos inclinaríamos á decir que lo que no hay en ellos son amores de la edad viril. Un sentimiento único, hondamente intenso, ha inspirado esta parte del libro: un amor desgraciado, herido por la muerte; un amor de la adolescencia, que durante mucho tiempo han dejado incólume los años, y que es todavía recordado por el hombre con íntima tristeza.—Ahí está *El hogar vacío* descifrando á *En la ribera, Adolescente*, etc., y probando una vez más las cualidades que hemos señalado en el cantor del Paraná.

Aquí debemos detenernos en el análisis detallado de las « Poesías », so pena de que nuestro trabajo asuma proporciones excesivas. Y lo sentimos de veras, porque hay entre ellas composiciones como *El nido de boyeros*, copiado de la vida y lleno de ese sabor que sólo tiene lo real, lo contemplado; como *La luz mala*, en la que hay una

notable pintura del andar de la locomotora en el desierto; como *El seibo*, *Primavera*, *Ellos* y otras, que contribuirían á hacernos conocer más minuciosamente los dotes artísticos de Rafael Obligado.—En todas ellas, el poeta ha hecho gala de esa acaudalada sencillez que tanto le distingue entre nuestros escritores. Su espíritu es pródigo en ingenuidad, con lo que da mayor mérito á sus versos, pues las cualidades sobresalientes del artista arrancan de aquella, como arrancan del sol todos los rayos luminosos dispersos en la atmósfera. Él ha sabido poner su sello personal en toda la copia de observación que logró sorprender en la naturaleza. No busqueis ahí esos aleteos de cóndor con que Andrade deslumbra, esas fulguraciones extrañas que tienen todos los resplandores de un mediodía tropical. Pero buscad otras cualidades: buscad la nota íntima, la observación nunca pasada por el tamiz del artificio, el verso armonioso con

vertido en joyel de ideas nativas, y veréis cómo ha sabido disponer de su tesoro este paisajista que maneja como el mejor los colores de su paleta y que hace, por lo general, lo que quiere de su pincel.

---



#### IV



ola lo ha dicho : «Es necesario que yo encuentre un hombre en cada obra ó la obra me deja frío ; quiero la personalidad». Procuremos rehacer la personalidad de Rafael Obligado, prescindiendo en lo posible de su libro de versos.

Nació en Buenos Aires y recibió en uno de nuestros hogares antiguos una educación moral irreprochable. Muy niño, habiendo respirado poco los miasmas pútridos de la ciudad, fué llevado al campo, á una estancia situada á orillas del Paraná, y se entregó por completo á la vida de la natu-

raleza. Allí se abrió su espíritu á las primeras impresiones, bajo el ojo vigilante de la familia. Su madre, una santa señora, llevaba á todos los hermanos á rezar á menudo ante « la solitaria cruz de ñandubay » y á cubrir de flores del aire ese modesto signo que vela el sueño de los gloriosos muertos de la batalla de Obligado. Allí se hizo carne en su espíritu ese amor á la Patria que es el culto y la fuerza mayor del poeta. Pasado poco tiempo es enviado á Buenos Aires, y entra en el Colegio Nacional. A poco andar de su estadía en la ciudad, se encuentra con un pueblo ébrio de entusiasmo, que victorea en las calles á uno de nuestros batallones que venía, diezmado pero triunfante, de los campos del Paraguay. Nueva y profunda impresión. Llega después á la Universidad y lo reprobaban *en literatura*. Aprende de todo, toma la revancha de su derrota, y está á punto de seguir la abogacía. En muchas ocasiones

vuelve al campo y se entretiene en poner en verso la impresión culminante de sus paseos. Algunos de sus condiscípulos leen sus versos y se los vituperan acremente. Ama. Pasan los años y sigue produciendo. Combate algo en prosa por sus ideas. Posée una fortuna considerable, y es para él letra muerta, como no sea de oídas, cuanto se refiere á la lucha por la vida. Colecciona sus versos, y se da el gusto de presentárnoslos en una deliciosa edición.

Estudad esta vida, leed sus poesías y veréis cómo se compenetran una y otra. Ese amor místico por la Patria, palpita en cada una de sus páginas :

Cuando la Patria evoca,  
Su rostro se ilumina,  
Alza orgulloso la serena frente,  
Y absorto lleva al porvenir la vista.

Esa educación del hogar, está aquí :

Enamorado eterno  
De la virtud sencilla,



Canta á la sombra del hogar modesto,  
Amores puros, infantiles risas.

Seguid una por una sus estrofas, y veréis transparentarse allí una de esas almas para quienes la vida ha sido pródiga en delicias y escasa en sinsabores. Rara vez se oye en ellas la nota amarga del dolor, y nunca la del despecho. Una que otra contrariedad, uno que otro suspiro de esos que arranca el vivir cuando se le contempla desde las alturas del ensueño, no son cosa suficiente para quitar al libro su fisonomía, que lo da como hijo de un sér bueno, que se inclina en mucho á mirar la existencia con ojos tranquilos. Gracias á ese equilibrio de las pasiones, y gracias á su educación,—ocúrase para la comprobación de esto á *Echeverría*, *El hogar paterno*, *El nido de boyeros*, *El scíbo* y cualquiera composición de la obra (con tal que no sea *El naranjo y el cedro* y otras bastardas),—y se verá cómo el amor á la Patria, al hogar y á la naturaleza,

ha sido un resultado lógico y fatal de la educación de Obligado, educación que, gracias al temperamento del poeta, le ha producido un culto más que religioso por esas tres entidades sublimes.

¿Cuáles son sus rasgos geniales ?

Es, ante todo, un alma profundamente sensible, dotada de altas cualidades de observación,—más que del alma humana,—de la naturaleza física. Muchos de nuestros poetas han explotado en mayores proporciones que Obligado, una parte del mundo interno de ellos mismos ; pero ninguno ha sabido ver más en la naturaleza argentina; ninguno ha penetrado tan hondo en esos detalles que escapan á la vista general, en esas delicadezas de la vida universal, que se celan dentro de sí mismas como las primeras sensaciones amorosas de una virgen de quince años. Mas no sólo ha sondeado esos secretos. Se ha dejado excitar por la borrasca, ha sentido el doblarse de las olas bajo el

huracán, se ha deleitado con el trueno y con el rayo, y de ahí deriva esa nota salvaje que resuena en casi todas las páginas del libro, contribuyendo á darle un sabor de los más originales y no muy abundante en la literatura poética argentina. Él debe estar íntimamente reconocido al destino que le hizo venir á la vida cuando el romanticismo tambaleaba en el otro continente, y que le puso frente á frente de la naturaleza en aquella edad en que el espíritu del hombre es como dúctil cera para todas las impresiones, facilitándole así los medios de salir victorioso en el conjunto de sus batallas, aunque en varias de sus composiciones—hoy relegadas conscientemente al olvido—pagara, ya de hombre, el tributo que todo mortal debe á su tiempo. En su poesía nerviosa, pero sanamente nerviosa, no hay esas crispaciones románticas que llevaron á muchos á la locura, á la borrachera ó al suicidio ; ni esos ensueños acari-

ciados durante más de medio siglo por todos los que codiciaban ser Laras y Manfredos, piratas y trovadores, y morir, después de redimir á todas las mujeres caídas de la tierra, en el lecho de un hospital, dejando como herencia á las edades futuras, sus versos elegíacos y sus sollozos inmensos! Por esto, nosotros, tranquilos enamorados de la verdad; nosotros, que hemos venido después á la tierra, y encontrado la atmósfera casi limpia de tamaños desvaríos, amamos estos versos y aplaudimos á este poeta, tan en consonancia con nuestro modo de ser y con nuestros ideales artísticos.

Él ha sabido darnos lo que ha visto y sentido en toda su realidad, pero se adivina que muchas veces un exceso de timidez le ha impedido ser todo lo debidamente gráfico, comiéndose ciertas crudezas que en muchos casos habrían dado realce é intensidad á sus versos. Esto se explica tomándolo como consecuencia de cierto período

enfermo de su cuerpo y de su espíritu, en el que, como queda dicho, el romanticismo ejerció una muy considerable influencia en sus composiciones. Producto de esa época es *El naranjo y el cedro*, en la que disertan los troncos, pontifican las hojas y adormece la composición. A ese período corresponden algunos versos románticos, algunas notas disonantes en el concierto total; pero que, felizmente, son las menos en el volumen y se apagan como la voz de un niño entre la de varios Estentores cuando se oyen vibrar *Santos Vega*, *Echeverría*, *El hogar paterno*, *En la ribera* y tantas otras composiciones de mérito.

La *Fusta literaria* (lidia de dos inteligencias distinguidas, que no ha entrado en el libro), salvo algunas exageraciones lógicas en el calor del combate, encierra sus aspiraciones de poeta y de patriota. Créese, como toda persona sensata debe créerlo, que es necesario nacionalizar la



literatura. Esta es la página culminante de su foja de servicios como escritor. Ha luchado, dando y recibiendo golpes, teniendo á veces adversarios de garras; pero hoy goza de la gran satisfacción de ver que se cuentan por millares los que comparten sus ideas. Su obra está de pie, noble y altiva, desmintiendo á los que le auguraban años há que con sus ideas iría á parar á una jerga incomprensible. Es genuinamente criolla y ha hecho tomar carta de ciudadanía en el arte á muchos de nuestros vocablos onomatopéyicos y llenos de melodía; pero no por eso ha dejado de ser límpida como el cristal.

¿Qué lugar corresponde entre los poetas vivientes de la República Argentina á Rafael Obligado? ¡Dios nos libre de meternos en tamañas honduras! Resuelvan los que quieran la cuestión. Nosotros nos limitaremos á decir al poeta, que está en la época más esplendorosa de la inteligencia del hombre; que hoy tiene compromisos



serios para consigo mismo y para con sus compatriotas, y que es de esperarse que al penetrar en el alma humana en su poema *Rosa* (que escribe actualmente) lo haga con la intención de producir el primer poema argentino de su género. Así, y no de otra manera, deben tener ambición las inteligencias robustas.

Aquí nos detenemos y enviamos otra vez nuestro aplauso más caluroso á su obra de poeta. Su libro entra de lleno y se incorpora con paso firme en nuestra literatura. Hay en él perfumes que embriagan, reminiscencias que son como gotas de rocío para el espíritu sediento, y notas guerreras que resuenan como un redoble triunfal en los oídos. No tema el porvenir, él que no cree en la posibilidad de la muerte de la poesía. Si hoy el poeta, cuando vale, no es el adivino crispado de las edades que fueron, es siempre un mago que posee el dón privilegiado de evocar desde el fondo

---

del espíritu sus alegrías, sus penas, sus orgullos y todos sus sentimientos, y que, vistiéndolos de matizados ropajes, los hace desplegar ante nosotros con las aladas formas del verso.

Buenos Aires, Abril 30 de 1885.

---